

ARTÍCULO INÉDITO

EL OFICIO DE ESCRITOR

ASENSIO SÁEZ

El Festival Internacional del Cante de Las Minas homenajea este año, a título póstumo, al insigne unio-nense Asensio Sáez. 'La Verdad' se suma al reconocimiento publicando uno de sus últimos artículos, inédito, sobre el oficio de escritor.

A la vista está: el escritor actual, atraído por la aventura literaria del oportunismo, va haciendo dejación de sus derechos y privilegios. ¿Podría **Carmen Conde** continuar hoy definiendo al escritor como un ser mítico que unge con su gracia lo que toca? A las claras anda que el esfuerzo que conduce a la utilización del lenguaje como instrumento de creación, a la facultad de otorgar a la palabra su más luminosa capacidad de fabulación hasta convertir el libro en una obra de arte, es derrotado actualmente por una total indiferencia en la que no cabe ni el frío ni el calor.

A lo mejor –nunca se sabe– lo que ocurre es que uno ha creído siempre a pies juntillas en los rigores de las preceptivas, en los meollos que al espíritu infunden los vocablos inventados. Recuerda uno así el día en que **María Cegarra** puso en nuestras manos las obras completas de **Gabriel Miró**, que es tanto como decir la delirante gastronomía de la palabra escrita, la orfebrería succulenta del estilo: «Así, hijo, has de escribir tu un día». Aquel, sin duda, fue nuestro *Camino de Damasco* personal. Con María, luego, **Ramón Gómez de la Serna**, acercándonos sus jornadas de deslumbramiento. Descomunal, inagotable Ramón.

Por otra parte, por aquel entonces, la literatura no se replanteaba al gran montaje publicitario, hoy imprescindible. Hoy el escritor escribe, digamos, un nuevo Quijote y no ha conseguido absolutamente nada si a la vez no cuenta con el lanzamiento comercial, con el juego malabar de la triquiñuela. Esto le ha faltado mucho a uno –la verdad por delante– la marrullería, aquella dosis tesonera para hacer pasillos, pulsar timbres, pagar cenas...

Verdad es que hoy, pasados los años, completada nuestra biografía con nuevos libros –¿demasiados acaso?–, acostumbrado a las nuevas modas de entender el actual mundillo literario, y aceptadas con más o menos dosis de orgullo –¿por qué no decirlo?– las nuevas recompensas, cae uno en la cuenta de que escribir sigue siendo el ejercicio más apasionante, lúcido y trascendental que uno puede realizar. ¿Qué ha sido –es– para uno el escribir sino un acto sacramental en que la materia asegurada es la cuartilla, fuera de la cual quedan aparca-dos todos aquellos escollos, frustraciones, dudas y fantasmas correspondientes a un mundo que empieza a no complacerle demasiado a uno pero con el que tiene que contar? Pues claro que tiene que contar, que nunca un escritor ha de escaparse de su tiempo, vencién-dolo a su manera, en función de Creador, con mayúscula, claro. Verdad es que nada existe más aburrido y mustio en el universo mundo que la realidad a secas y que apañado anda el escritor que fia el éxito de su libro en una intención exclusivamente testimonial.